

nuestra limpia Madre y Señora: La Virgen es de los indios.

El Señor quiso mostrar con un prodigio cuán gratos le eran los obsequios tributados á su Santísima Madre. Entre otros festejos que hicieron los indios en este día, hubo un simulacro de guerra con sus canoas en la laguna próxima á la ermita, disfrazándose unos de chichimecas y otros con sus trajes militares de aztecas. En medio de este combate una saeta desmandada imprevistamente del arco de un azteca pasó de parte á parte el cuello de un indio del lado contrario, dejándole muerto en el acto. Un grito de dolor se escapó del pecho de todos los circunstantes, é instintivamente invocaron el amparo de la Santísima Virgen. Llevaron el cadáver á los pies de la santa imagen; y en el momento de extraerle la saeta volvió á la vida perfectamente sano, habiéndole quedado sólo las cicatrices de la herida, las cuales le duraron en prueba del prodigio todo el resto de la vida, que consagró á servir á su Bienhechora en la primera ermita. También el dichoso Juan Diego se dedicó al servicio de la Santísima Virgen en su ermita, después de haber dejado su pueblo para siempre, sus casas y tierras á un tío suyo.

Sus mismos paisanos le fabricaron de adobes un aposentito junto al santuario, donde vivió honesta y recogidamente como ermitaño con licencia del Sr. Obispo Zumárraga. Barría la iglesia, la perfumaba, rezaba de continuo y conversaba familiarmente con la Santísima Virgen, como un hijo con su madre. Era hombre ejemplar, temeroso de Dios, de recta conciencia y laudables costumbres. Tuvo tal opinión de santidad, que cuantos iban al santuario á pedir alguna merced á la Santísima Virgen, le ponían por intercesor y se encomendaban á sus oraciones: no había padre ni madre entre los indios, que no echase á sus hijos y nietos esta bendición: *Dios*

os haga como á Juan Diego. Murió en 1548 de 74 años de edad (1).

En el mismo mes y año murió el Ilmo. Sr. Zumárraga. Rara coincidencia, que nos hace presumir que la piadosísima Madre de Dios los llevó juntos al cielo, para que vieran el original de la maravillosa copia que juntos habían recibido en la tierra. La tradición señala como habitación de Juan Diego el sitio ocupado actualmente por el bautisterio de la parroquia. Una inscripción antigua, conservada en la sacristía del mismo templo, asegura que allí yace su cuerpo.

VIII

CONVERSIÓN DE LA NACIÓN MEJICANA Á LA FE

El primero de los efectos sorprendentes de la Aparición de la Virgen fué la rápida conversión de Méjico á la fe de Nuestro Señor Jesucristo. La Virgen de Guadalupe puede decir á los mejicanos como San Pablo á los fieles de Corinto: *Yo os he engendrado por la predicación del Evangelio.* Efectivamente, tristísimo era el estado de idolatría en que yacía la raza azteca que dominaba en este país á la llegada de los españoles. Su número no bajaba de treinta millones de habitantes. Cuarenta mil templos, donde se rendía culto á innumerables ídolos, había diseminados en la vasta extensión del imperio. Sólo en la ciudad contaban dos mil lugares religiosos coronados por trescientas sesenta torres. Un millón de sacerdotes, raza privilegiada, atendía al servicio de otros tantos altares.

(1) En el Congreso Católico Mejicano, celebrado en la Ciudad de Morelia en el mes de Octubre de 1904, se acordó pedir á la Santa Sede la Beatificación del humilde Juan Diego.

Los aztecas, más que ninguna otra nación pagana, se habían entregado á la horrenda barbarie de los sacrificios humanos. Como las víctimas de los sacrificios debían ser prisioneros de guerra, presentaban batalla á sus enemigos en el principio de cada uno de los diez y ocho meses de veinte días en que dividían el año. Estimaban más coger un prisionero que matar á cien hombres. Se inmolaban de este modo anualmente por lo menos veinte mil víctimas humanas, cuyos corazones palpitantes se ofrecían al astro del día y al dios de la guerra. No se puede leer sin espanto lo que refiere el P. Clavigero acerca de la dedicación del templo mayor, verificada el año 1487 en el reinado de Ahuitzol. En los cuatro días, que duró la infernal carnicería, fueron sacrificadas *ochenta mil cuatrocientas víctimas humanas*. Ordenaron los cautivos en cuatro columnas: la una estaba desde el pie de las gradas del templo, que es ahora la Catedral, y seguíase hacia la calzada que va á Xochimilco; y era tan larga que casi tenía una legua de longitud.

En el Museo Nacional se conserva la piedra de los sacrificios, llamada *Cuauhxicalli* de Tizoc (1). Sobre esta piedra labrada con finas labores de cincel, se abría con crueldad, á golpes de cuchillo de obsidiana, el pecho de las desgraciadas víctimas y se les arrancaba el corazón, para ofrecerlo humeante y sangriento al terrible Huitzilopochtli. Es una enorme piedra de traquito, cilíndrica, de dos metros 55 centímetros de diámetro por 86 centímetros de altura.

Estos delitos sociales clamaban venganza al cielo. Dios castiga á las naciones prevaricadoras en esta vida, ya que no pueden como los individuos recibir en el otro

(1) Se llama de Tizoc por representar á este emperador azteca en sus relieves.

mundo el premio de sus virtudes, ó el castigo debido á sus pecados. Dos medios usa la Providencia divina para castigar á los pueblos, ó los borra del mapa de las naciones, ó les quita su autonomía. Á los mejicanos les cupo esta última sanción. El intrépido capitán extremeño, Hernán Cortés, al frente de sus huestes conquista el Anáhuac, y el 13 de Agosto de 1521 entra en posesión de la capital del imperio. Al lado del soldado de la conquista, que tiñe de sangre su espada, y del encomendero con entrañas de fiera, vióse el abnegado Misionero, mitad ángel, mitad mártir, que no busca las riquezas de la tierra, sino las almas para engastarlas en la diadema inmortal de Cristo. Los hijos del patriarca de Asis fueron los primeros heraldos del Evangelio en la Nueva España. Mas, después de muchas labores, en los ocho años que precedieron á la aparición de la Virgen, lograron bautizar ochocientos mil indios, y éstos casi en su totalidad niños. Los adultos se resistían á abrazar el cristianismo, porque estaban habituados á la poligamia. Bastante común era encontrar individuos que tenían doscientas mujeres ó concubinas. Pero amanece la clara aurora del 12 de Diciembre de 1531, y se disipan por ensalmo las tinieblas de la idolatría. Solamente los franciscanos en los diez años que siguieron á la aparición, conforme escribe el P. Motolinia, uno de los primeros doce frailes menores que vinieron á evangelizar este país, bautizaron diez millones. Eran tantos los que se presentaban á pedir el bautismo, que á los sacerdotes les sucedía no poder levantar el brazo de cansancio y fatiga, y de traer el jarro en las manos se les hacían callos y hasta llagas. Días hubo en que un sólo sacerdote bautizó cuatro mil. En Xochimilco bautizaron en un día pocos sacerdotes más de quince mil personas. Para poder regenerar á tantos con las aguas bautismales sólo empleaban los ministros lo esencial á la validez

del sacramento. La catequesis de los adultos exigía que los Padres supiesen el azteca; y á este fin se valían de los niños que educaban á su lado. Por eso un Obispo de Tlaxcala escribió á Carlos V: «Los Obispos sin los frailes intérpretes somos como alcones en muda, y así lo fueran los frailes sin los niños».

Desde la aparición de la Virgen Purísima se morigeraron las costumbres, los hombres abandonaban la poligamia y se sujetaban á la unidad del matrimonio. Á centenares subía el número de los que pedían la bendición nupcial. En la parroquia de Tlaxcala se celebraron mil bodas en un solo día.

He aquí como el P. Mendieta, de la Compañía de Jesús, refiere el modo que usaban los Misioneros para administrar los sacramentos á tantos al mismo tiempo. «Diré lo que un religioso, que á ello se halló presente, me contó se había trabajado una mañana en cierto monasterio en gran servicio del Señor: y fué, que un día de Pascua de Navidad (1538), se bautizaron y casaron juntamente tres mil indios adultos, desde que amaneció hasta que fué tiempo de la Misa Mayor, la cual se dijo con mucha solemnidad. Y porque se vea la diligencia y cuidado con que estas santas obras se hacían, y no parezca á alguno imposible poderse hacer, diré el orden y manera que en ello se tuvo. Los indios estaban ordenados por sus rengleras, y apareados cada uno con su mujer (futura). Y estándose ellos quedos en su ordenanza, iba un sacerdote poniéndoles el Óleo de los catecúmenos. Y como recibían el Óleo, luego se iban unos tras otros en procesión sin salir de la ordenanza, con sus candelas encendidas hacia la pila, donde otro sacerdote estaba aguardando, que los iba bautizando: y bautizados, salían unos tras otros por el orden en que habían venido, tras la cruz, que se llevaban delante los demás religiosos, que iban cantando las letanias con los

indios cantores de la Iglesia, é ibanse á poner en la postura en que antes estaban, cuando les pusieron el Óleo: y el mismo sacerdote que les puso el Óleo de los Catecúmenos, comenzaba á poner la crisma á los que habían sido primeros. Y el otro sacerdote que había acabado de bautizar, iba tras del que ponía la crisma, tomádoles las manos y administrando el Sacramento del Matrimonio» (1).

Fundados en estos hechos, podemos afirmar que la Virgen de Guadalupe fué el Apóstol que arraigó la fe católica en Méjico. Así lo confiesan todos los historiadores, incluso el protestante norte-americano Humberto Howe Bancroft, autor muy conocido por las numerosas obras que ha dado á luz sobre las Américas.

Refiriéndose á Méjico en uno de los cinco volúmenes, que le ha dedicado, dice textualmente: «En 1531 aconteció un hecho que mucho contribuyó á la supresión de la idolatría, y fué la milagrosa aparición de la Virgen de Guadalupe» (2). Y la razón viene á confirmar este juicio, pues en Méjico no hubo taumaturgos que trastornaran las leyes de la naturaleza: los predicadores no abrían los ojos á los ciegos, ni los oídos á los sordos, no desataban la lengua á los mudos, ni resucitaban á los muertos, ni hacían otros milagros que los acreditaran ante los pueblos. ¡Gloria, pues, á la Reina de los Apóstoles que implantó la fe entre los mejicanos!

IX

EL SANTUARIO

Noventa años estuvo colocada la Santísima Virgen

(1) Mendieta, *Historia de la Compañía de Jesús en Méjico*, Lib. III Cap. 38.

(2) Bancroft, *History of Mexico*, Vol. X, Cap. XIX, pág. 403.

en su primera ermita. Mas como crecía de día en día la devoción y el culto; tanto ella como una iglesia que la substituyó, fueron insuficientes, hasta que en 25 de Marzo de 1625 se bendijo la primera piedra de la soberbia basílica que hoy existe.

La obra costó ochocientos mil pesos colectados de limosnas. El Arzobispo y Virrey, D. Juan de Ortega y Montañés, que murió en olor de santidad, á menudo salía á mendigar para la basílica, acompañado de solos dos niños. Y como solía ir á los arrabales más pobres, no se libró de los oprobios de los mendigos. Un pulquero le insultó villanamente con palabras injuriosas, las que escuchó el Prelado con semblante sereno, tomando para si esta limosna.

Celebróse la fiesta de su dedicación el 1.º de Mayo de 1709, y se le han hecho en diversas épocas reparaciones notables, sobresaliendo las empezadas en 24 de Octubre de 1887 para celebrar dignamente la coronación de la veneranda imagen, decretada por la Santa Sede. Puede formarse idea de la belleza de esta ornamentación sabiendo que se gastó en ella más de un millón de pesos. La fábrica interior del templo, de orden dórico, es de tres naves divididas por ocho columnas, sobre las cuales y los muros asientan quince bóvedas. De éstas, la del centro, que se eleva sobre todas, forma la cúpula del edificio. La nave central es más elevada que las laterales. La longitud total del templo es de unos 77 metros, y el ancho en la parte antigua es de 37,50 metros; en el coro y ábside, de veintiuno. Cuatro escalinatas de mármol, de doce gradas cada una, conducen del cuerpo de la iglesia al presbiterio, coro y capillas, y todas tienen sus pasamanos cubiertos de láminas de plata. El pavimento de las tres naves es de madera fuerte de mezquite, formando con piezas bien dispuestas variado mosaico de figuras geométricas com-

plicadas y entrelazadas entre sí con mucho primor. Adorna todo el frente del presbiterio una barandilla de pura plata. El pavimento del presbiterio está revestido de mármol negro y blanco italiano, formando vistosos tableros. En este lugar está colocado el magnífico altar y baldaquino, de estilo bizantino-románico. El baldaquino está formado por cuatro columnas monolíticas, cuyas basas y capiteles son de bronce, los pedestales de mármoles de varios colores, y los fustes ó cañas de granito de Escocia: miden 6,50 metros de altura con peso de mil arrobas cada una: la bóveda es de bronce dorado rematada por una cruz y cuatro acroteras con cuatro esbeltos arcángeles y las cuatro virtudes cardinales, todas ellas de bronce de irreprochable ejecución artística.

El altar, de blanquísimo mármol estatuario de Carrara con delicadas labores, contiene la santa imagen, provista de dos marcos, el exterior es de bronce dorado, y el otro de oro fino, y pesa 4050 castellanos, donación de los Doctores D. Luis y D. Cayetano Torres, Dignidades del Templo Metropolitano. Además, la maravillosa Pintura está defendida por delante por un cristal finísimo, y por detrás por una delgada lámina de plata, que importó dos mil pesos.

Á los lados del altar, sobre convenientes pedestales, alzanse dos estatuas en mármol, la del Ilmo. Sr. Zumárraga al lado del Evangelio, y la del felicísimo indio Juan Diego al lado de la Epístola, ambas en acto de adorar á la Virgen Madre. Debajo del altar mayor hay una cripta de estilo del renacimiento. Está dividida en siete compartimientos, y todos ellos con lóculos ó nichos cinerarios, destinados á recibir los restos de los canónigos y bienhechores más insignes de la Colegiata. En el primer compartimiento hay cuatro altares de mármol negro, y frente á su puerta de ingreso se encuentra

colocada una esbelta estatua de Carrara representando al Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio Labastida, de eterna memoria, que llevó á cabo las obras de reparación del templo y preparó la coronación de la imagen, en actitud de adoración y rendimiento y elevando los ojos á la Santísima Virgen.

Inmediatamente tras el altar mayor, se encuentra el coro de los canónigos bajo la bóveda principal. La sillera es de caoba, con ébano y otras maderas finas: en los altos y bajos relieves se representa la Letanía y pasajes de la Sagrada Escritura. Se compone de dos órdenes de asientos, los altos para el Abad y Capitulares, los bajos para los capellanes y ministros del coro. Éste se halla separado por magnífica verja de la capilla del Patriarca San José, ubicada en el ábside. En la terminación de las naves laterales se encuentran las capillas de San Joaquín, Santa Ana, San Felipe de Jesús, y otros beatos mejicanos, y el de los Fundadores de todas las órdenes religiosas existentes en Méjico, todos en elegante altar de mármol blanco y bellas pinturas sobre lienzo, obra del notable artista italiano Silverio Capperoni.

En fin cuéntanse en el Templo 38 ventanas á más del ojo de la bóveda del ábside. Todas son de cristales de varios colores, grabados y montados sobre marcos de hierro; pero las tres vidrieras de la capilla de San José son de cristal de Baviera con figuras de santos, rodeadas de ángeles y emblemas, según el estilo gótico. En la cúpula hay ocho grandes ventanas. El decorado de los muros y bóvedas es de estilo bizantino con las modificaciones exigidas por las condiciones arquitectónicas del templo. Los pilares y muros tienen un solo color; las molduras y ornato de ellas están doradas. Las bóvedas de color azul, tachonadas de estrellas de oro. Las pechinas tienen figuras de ángeles circuidos de rosas y folla-

je. Adornan los muros de la Basilica cinco grandes cuadros al óleo, que representan episodios de la historia de Nuestra Señora de Guadalupe, como la vocación de los indios á la fe, el primer milagro de la Santísima Virgen al trasladar su imagen á la primera ermita, la jura del patronato, etc.

Justísimo es, al terminar esta breve reseña, poner el nombre del Sr. Dr. D. Antonio Plancarte y Labastida, Abad de la Colegiata, que fué el alma de la ampliación y decoración del templo y de las fiestas de la coronación. Recorrió personalmente la mayor parte de la República para allegar fondos, y tuvo que devorar amarguras sin cuento que lo llevaron al sepulcro. La Virgen Santísima le habrá premiado el celo que desplegó por honrarla.

Para el servicio del santuario y esplendor del culto hay una Colegiata compuesta de Abad, diez canónigos, seis racioneros, seis capellanes, sacristán mayor, dieciseis infantes para cantar y servir de acólitos, y otros empleados subalternos. Se hizo la erección el 6 de Marzo de 1749, sirviendo para esto un legado hecho en su testamento por D. Andrés de Palencia.

Dicho caballero dejó cien mil pesos, autorizando á sus albaceas que los aumentasen, para que se fundara un convento de monjas agustinas, y en caso de no poderse efectuar así, se invirtiese en erigir una Colegiata. El gobierno negó el permiso para el convento, porque había muchos en Méjico; y en consecuencia se llevó á efecto la Colegiata. Los herederos del fundador entregaron 285 mil pesos, y con los réditos de varios años se llegó á formar el capital de 527.832\$.

El santuario está provisto de ricos ornamentos y vasos sagrados; pero no es ni aun sombra de lo que antes poseía. Sin contar el oro y las piedras preciosas, á fines del siglo xvii tenía en lámparas y alhajas de plata 4490

marcos. En 1861 por decreto de Juárez fueron extraídas las principales alhajas.

Los Romanos Pontífices han distinguido con especial solicitud y cariño al santuario de Guadalupe. Benedicto XIV y Pío VI le agregaron á la Iglesia de S. Juan de Letrán en Roma. Benedicto XIII concedió indulgencia plenaria á los que le visiten el 12 de Diciembre y en otras festividades del año. Pío VIII declaró perpetuamente privilegiados los altares mayores de las diversas capillas del Tepeyac. Pío IX le concedió el privilegio otorgado al santuario de Loreto, esto es, que todos los sacerdotes que celebran en el altar de la Virgen de Guadalupe, pueden decir la misa de la Aparición excepto los días solemnes del año, en que no puede celebrarse misa votiva ni en la iglesia de la santa Casa de Loreto. León XIII en 6 de Marzo de 1894 concedió oficio nuevo y propio de nuestra Señora de Guadalupe. En las lecciones del segundo nocturno está consignada la tradición íntegra de la aparición.

X

OTRAS CAPILLAS

Además del santuario principal de Nuestra Señora de Guadalupe, construido para obedecer al mandato de la misma Reina del cielo, hay otras capillas á su alrededor, que los peregrinos visitan con placer por respirarse en ellas no sé que atmósfera de piedad.

La primera es la llamada *Iglesia vieja ó de los indios*, y también *la Parroquia*, construida en el mismo sitio donde estuvo la primera ermita. Es una nave de 26,33 metros de longitud por 7,94 de ancho. El actual bautisterio fué, según la tradición, casa-habitación de Juan Diego. En esta iglesia ejerce sus funciones el canónigo

magistral de la Colegiata como párroco de la villa. La capilla está situada de norte á sur con una sola puerta de ingreso que no se ve hacia este último rumbo. El altar es de madera y muy sencillo: en él está colocada la pintura de Nuestra Señora. En ambos lados del presbiterio están los cuadros que conmemoran la traslación de la santa imagen á su primera ermita, y la procesión de unos disciplinantes que los Padres franciscanos trajeron á Guadalupe.

El Monte de María, como puede llamarse el Tepeyac, sitio de las tres primeras apariciones, y en donde cortó las flores Juan Diego, no tuvo por muchos años más recuerdos de eso que un montón de piedras, que servían de peana á una cruz de madera. Hoy se levanta la capilla conocida vulgarmente con el nombre del *Cerrito*. La construyó el P. José Olazarán, del Oratorio de San Felipe, formándole altos y bajos, y en ellos una casa de ejercicios. Tiene la forma de cruz latina, con altares pobres, pero aseados: todo en ella respira poesía y mística quietud. Sus dimensiones son 25,91 metros de largo por 5,83 de latitud. Se sube á ella por dos cómodas escalinatas de piedra. Por la del lado oriental, se encuentra el velamen de un buque formado de piedra, cuya historia se conoce por la inscripción que tiene grabada y dice así: «Combatido un buque por fuerte temporal, perdido el timón, el rumbo y toda esperanza de salvarse la tripulación, ésta invocó de todas veras á la Virgen Santísima de Guadalupe, haciéndole presente que si quedaba salva, la traería á presentar en su santuario el palo de su embarcación, cual se encontraba. La Santísima Virgen oyó los ruegos de sus hijos, y la destrozada nave pudo entrar en el puerto de Veracruz. La tripulación cumplió su promesa, trayendo en hombros el conjunto de palos del navío hasta el Santuario y colocando su ofrenda dentro de una construcción de